

Armenios tanto en lo moral como en lo físico. El Kurdistan, ó la provincia que habitan, tomó este nombre del de *Kurdos*, que en lengua persa significa valiente y belicoso, ya sea que su natural valentía haya dado este sentido á su propia denominación, ó ya la recibiese como un dictado debido á su valor. Los límites del Kurdistan, hácia la Persia, son los montes Surkeu y el lago Zeribar.

No todo este país se halla contenido en el imperio persa, pues la parte noroeste depende de la Turquía. La línea divisoria de la parte turca y persa viene á ser la cordillera que separa los dos lagos de Van y Ormiah; va siguiendo la serranía Khelesin hasta la de Tchil-Tchemeh, luego costea el río Mehrivan, y se junta con el Djebel-Tak.

El Kurdistan turco encierra ocho sanjacatos ó provincias, cuyos gobernadores toman el título de bajá. Estos sanjacatos son Bayazid, Much, Van, Djulamerk, Amadia, Suleimanieh, Cara-Tcholan y Zahu. No se crea sin embargo que el Gran Señor haga reconocer su autoridad entre estos pueblos como se acata en las demas partes de su imperio; tan solo en el bajalato de Van es reconocido y respetado su nombre á causa de las tropas que lo guarnecen. Fuera de esto, se consideran tan independientes de la Puerta Otomana, que se niegan á adoptar el *cauc* ó turbante, parte esencial del traje entre los Turcos. Los bajás y beyes que los gobiernan, se mantienen atrincherados en sus montes, cual si estuviesen en ciudadelas; y seguros de que los recaudadores de tributos no osarán molestarles, se niegan á satisfacerlos. Si se echa mano de la fuerza para alcanzar el pago, no ceden sin tenaz resistencia. Estos caudillos son electivos, aunque se eligen entre la misma familia; su propuesta se envía al gobierno turco, quien reconociéndolos, les da cierta autoridad legal. Casi todas las elecciones van precedidas de algun choque sangriento provocado por la ambición de los diversos miembros de la misma familia.

“Los Kurdos, dice M. Jaubert en *Armenia*

su viage á Armenia, se subdividen en muchísimas tribus, cuyos caudillos reciben del bajá ó bey la investidura de su dignidad. Los monarcas persas no ejercen mas que la autoridad de señor feudal en la parte del Kurdistan que se halla comprendida en su imperio; pero la firmeza de Feth-Aly-Chah, astuto soberano de Persia, ataja la índole desaforada y turbulenta de los pueblos nómades de sus estados, quienes por esta causa se muestran mas sosegados que los de la Turquía. La capital de los Kurdos persas es Sineh.

“Estos pueblos, ya lleven una vida sedentaria, ya vayan errantes por el país, creen descender de los Mogoles ó de los Usbekes, cuyas repentinas irrupciones han turbado tantas veces el reposo del Asia; pero sus ojos grandes, vivos y rasgados, su nariz aguileña, la blancura de su tez y su alta estatura, desmienten este origen tártaro. Profesan el islamismo, y todos ellos sin esceptuar los que reconocen al chah de Persia, son de la secta de Omar. Su traje difiere del de los Turcos en ser mas ligero, aunque casi de la misma hechura; andan embozados en una gran capa de piel de cabra negra, y en vez de turbante, llevan un largo gorro de paño encarnado, envuelto en un chal de seda listada de colores opuestos; de uno de los extremos del gorro les cuelgan muchas borlas hasta los hombros. Este tocado les cae perfectamente; se afeitan la cabeza y llevan bigotes; solo los ancianos se dejan crecer la barba.

“Los Kurdos son diestrisimos en el manejo de la lanza y en montar. La principal ocupacion de los nómades consiste en la cria de ganado vacuno, cabrío y lanar, y en colmenares; de ahí es que en lengua kurda, idioma formado del arábigo y persa, y que se divide en varios dialectos, la voz *mal*, que significa bienes, fortuna, riquezas, se usa especialmente para designar el ganado.

“Los principales pasatiempos de los kurdos son los ejercicios milita-

res; son muy aficionados á los cuentos, y componen canciones que versan sobre amoríos harto licenciosos, choques y reencuentros y acontecimientos memorables y trágicos.

“Aunque sencilla, la música de los Kurdos no es absolutamente despreciable; antes bien es melancólica y expresiva. El cantor sostiene largas modulaciones monótonas; articula algunas palabras entre cortadas de suspiros y sollozos; derrama lágrimas y acaba por echar gritos lamentables. Estos pueblos tienen en mas la extension de la voz que su afinacion y suavidad, y para ensalzar el mérito de un cantor, dicen que se le oye á una parasanga de distancia. Es verdad que para los que andan errantes por los montes es el canto un medio para dar á conocer el punto en donde se hallan.

“Son muy propensos al robo; y quizás esta inclinacion es otra de las causas que les inducen á llevar una vida errante. Los otros motivos que les infunden esta aficion son la falta de pastos, el rigor de las estaciones, ó la inmediatez de una tribu enemiga. En invierno van á buscar un albergue bajo el techo del labrador, á quien, durante el estío, robaron parte de sus cosechas. Demandados por la necesidad, de feroces y bravíos que eran, se van volviendo dóciles y sumisos, y viven con sus hospedadores en buena paz y compañía.

“Al asomar la primavera, vuelven á las andadas, y los sitios que ordinariamente prefieren para asentar su campamento, son los prados regados por algun arroyo; sus tiendas, que ellos anteponen á los palacios mas suntuosos de las ciudades, se componen de un tegido de lana negra y basta, y son muy bajas. Rodéanlas con un encañizado, en cuyo recinto colocan su bagage y lo que han robado á las carabanas. Este cercado es muy liviano y fácil de acarrear; úsanlo tambien para separar las viviendas de entrambos sexos, y para coto de ganado. En medio de cada tienda excavan un agujero de algunos piés de diámetro y profundidad, el cual sirve de horno

y cocina, y humea bastante la habitacion, especialmente cuando hace viento, inconveniente en que no hacen alto, porque ya desde niños están á él acostumbrados. Sujetan los caballos á unas estacas que hincan en el suelo fuera del recinto, y casi siempre los tienen ensillados; en fin, todo su ajuar está dispuesto de modo que en pocos momentos pueden alzar casa y liar el hato. En ménos de un día asientan sus reales en el sitio que les conviene.

“Los pueblos que mas se entregan al robo y al saqueo suelen ser los que mas escrupulosamente ejercen los deberes de la hospitalidad; de ahí es que los que viajan por Oriente temen, mas que otros países, aquellos en que mas se aprecia esta virtud. Así sucede en efecto con los Kurdos. Apenas llega cerca de sus rancherías un extranjero de alguna importancia, sale al punto á recibirle una partida de ginetes. “Bien venido seais, le dicen; os vamos á recibir en vuestra propia casa. Este instante es venturoso para nosotros; ojalá lo sea tambien para vos.” Conducente á la tienda del anciano mas rico y venerado entre la tribu, y las mugeres andan afanadas para prepararle la comida. Mientras que las unas están amasando un pan ordinario, van las otras en busca de miel y Leticinios, ó extienden por el suelo las alfombras que ellas mismas fabrican. Al propio tiempo, los mozos descargan las acémilas, lavan los piés á los caballos, y si es invierno, para que no enfermen de frio, los hacen correr al rededor del campamento, al principio con velocidad, y luego con lentitud gradual. “Hijos, dice el anciano, cuidad del huésped; el extranjero es un regalo que Dios nos envía; atended á que nada le falte ni á él ni á su servidumbre; no echéis en olvido las caballeras, porque son las naves del desierto; y tú, viandante, sé bien venido, aquí te hallas entre los tuyos, sea para nosotros tu contento la prenda de las bendiciones del cielo; si estás bien hallado con nosotros, aunque no sea mas que algunas horas, seremos mas felices que

tú.” En semejantes ocasiones, este lenguaje es sincero; pero cuando los Kurdos se hallan lejos de sus hogares, recorriendo los caminos, los montes y hasta los desiertos mas apartados, para robar lo que encuentran, consideran como propiedad legítima cuanto cae en sus manos, y no escrupulizan en emplear las palabras mas halagüeñas y las promesas mas fementidas para llevar á cabo sus intentos.”

Varias tribus kurdas llevan una vida completamente errante, y no tienen mas medios de subsistir que el pillaje: tales son las que vagan por el desierto de Siria, y que no traen mas objeto que el de saquear las caravanas. Suelen repartirse en cortas gavillas de doce á veinte ginetes, atisbar todos los movimientos de la caravana, embestir á los rezagados y hasta el cuerpo entero, si muestra algun temor, ó si sus fuerzas no son superiores. Muy diferentes de los Arabes, que no matan al viagero que cae en sus manos, los Kurdos se complacen en derramar sangre, y el viandante que tropezó con ellos, puede darse por bien librado cuando no hacen mas que despojarle. Están mal disciplinados, y no profesan mucho respeto á sus caudillos. A veces son tan osados, que, en medio del dia, acometen á los habitantes de Djedaide, arrabal de Alepo.

El viagero que trata de atravesar el desierto y los otros sitios infestados por estas gavillas, no tiene mas arbitrio, para salvarse de sus ataques, que entenderse con los principales caudillos de las tribus; pero este medio suele ser muy dispendioso á causa de la exigencia de los gefes, que piden cuantiosos regalos por via de rescate. Por otra parte, es muy difícil que un Europeo cierre trato con ellos, pues, en presentándose la ocasion, no reparan en quebrantar cualquiera convenio; y cuando la fuerza está de su parte, no hay pacto que baste á atajar su codicia (1).

(1) Un viagero refiere una anécdota por la

Con todo no hay que atribuir á la raza entera de los Kurdos esta indole bravía y sanguinaria que se echa de ver en ciertas tribus. Los clanes que viven en los montes llevan la vida de los pastores antiguos, y á veces manifiestan á sus caudillos el mas absoluto rendimiento. Cuando el hermano de Abderraman Bajá murió en Bagdad, uno de sus criados, que era Kurdo, y estaba contemplando el cadáver de su amo, exclamó: “Ya que ha muerto el bey, no quiero sobrevivirle;” y al punto se arrojó de la ventana á la calle, donde murió.

Son muy sufridos en la pobreza y en medio de las mayores privaciones; pero temen trasponer las abrasadas soledades del desierto.

Parece, segun las últimas observaciones de los viageros, que hay entre los Kurdos dos razas muy distintas, por donde puede explicarse la diferencia de gustos é inclinaciones que se nota entre los miembros de la misma tribu. Con efecto, los unos no piensan mas que en guerrear; cifran toda su pasion en las armas, los caballos, los reencuentros y el botín; estos objetos vienen á ser el asunto principal de sus coloquios y cantares. No pueden pasar sin enemigos, porque solo con ellos pueden desahogar el brio belicoso que los mueve, y cuando los pueblos vecinos no les ofrecen ocasion para satisfacer este impulso, dirigen las armas contra sí mismos, y se matan y destrozan en sus reyertas intestinas. La otra parte de la poblacion, que en ciertas comarcas llaman Ra-

cual se echa de ver la diferencia que media entre los Kurdos y los Turcomanes que se dedican al mismo ejercicio.

Cerca del khan El-Asel, un aldeano montado se amparó de dos ginetes, el uno kurdo, y turcoman el otro, rogándoles que le acompañasen hasta la ciudad para evitar con su escolta otro peor encuentro. Accedió gustoso el Turcoman; el Kurdo fué al parecer del mismo dictamen; pero apenas hubo andado algunos pasos, se arrepintió de haber empeñado su palabra, y llamando á un lado á su compañero, le pidió la venia para degollar al advenedizo y apoderarse de sus despojos, que le propuso partir con él. Pero el legal Turcoman indignado le vedó tocar al que habia prometido proteger, y no pudo salvarlo sin habérselas con el Kurdo.

jahés ó *Keughies*, se compone de labriegos. Los *Sipahes* ó Kurdos militares se reputan señores de los campesinos, y algunos pretenden que les han de obedecer porque solo para ellos fueron criados; de ahí es que la condicion de aquellos siervos es en algunos casos mas infeliz que la de los negros en América. Acostumbrados á servir, sus modales son tan apocados y rastreros como su habla; apénas se atreven á mirar á sus dueños; y en ningun caso osarian vestir el traje y aparentar los ademanes de un Kurdo de noble linaje.

Cuando un caudillo entra en posesion, por conquista ó por herencia, de algun nuevo terreno, señala una porcion á cada uno de sus siervos, y les distribuye armas y caballos. Los niños maman con la leche un odio invencible contra Persas y Turcos; y no cabe duda que lograrían afianzar su independenciam á pesar de entrambas naciones, si la rivalidad de sus caudillos no destruyese la fuerza que les diera su union. La política de la Puerta y de Ispahan utiliza las disensiones que provocan entre estas tribus el egoismo y la vanidad de los caudillos. Al efecto, entrambas potencias envían dinero á los unos, y les prometen importantes privilegios con la condicion de someter á los gefes mas rebeldes y pertinaces; brindan á los otros con el título de bajá ó bey, término de toda su ambicion, y que les hace trascordar los sagrados vínculos de la sangre y de la amistad. Pero como estos caudillos reconocidos por la Puerta Otomana y por la corte de Persia pueden dejar de serlo por las mismas potencias, su frecuente mutacion es lo que mas contribuye á mantener entre las tribus kurdas los odios y discordias que tan caras les cuestan.

Pero en medio de su barbarie, conservan los Kurdos ciertos hábitos que indican su propension á civilizarse. Son muy aficionados á reunirse, y quizas son, entre los pueblos orientales, los únicos que se complacen en pasar gran parte de la velada en gratos coloquios y visitas. Suelen levantarse muy tarde, hacen

apuestas en las riñas de perros ó perdices, y en su trato son afables y corteses, pero sin sujecion á vanas ceremonias ni etiquetas.

Cuando están en guerra, ó tienen que satisfacer alguna venganza particular, nada puede contenerles; entréganse á las acciones mas atroces; pero conservan al propio tiempo un aspecto devoto: así es que tras haber muerto á un hombre, se les ve doblar las rodillas y entonar las oraciones que les prescribe la ley. Rencorosos y vengativos, piden satisfaccion de un agravio tres ó cuatro años despues de recibido; y durante todo este tiempo estuvieron atisbando la ocasion oportuna. Cítase, como ejemplo de su índole iracunda, la accion de un caudillo molestado por una mosca, que se le colocaba encima del ojo; el cual no pudiendo echarla, sacó el puñal, y á todo trance se lo hundió en el ojo.

Las Kurdas en el interior de las casas no se ocultan tanto como las Turcas y las Arabes á las miradas de los hombres, ántes á veces los solicitan si son extrangeros. Cuando salen á la calle cúbrense la cabeza con un velo azul; pero rara vez se tapan el rostro, á no ser damas de alta gerarquía que no quieran ser reconocidas. Algunas de entre ellas asisten sin velo á las reuniones de los hombres. A pesar de este ensanche exterior, sus costumbres son mas acendradas que las de las Turcas tan guardadas; y en todas sus acciones y ademanes conservan el rubor y la decencia, que es el principal ornato de su sexo. Toman parte en los regocijos públicos, y M. Rich cuenta en su viage al Kurdistan, que acaba de salir á luz, que fué testigo de una danza nacional llamada *tchopi*. Dicho viagero halló reunidos en un gran patio una multitud de espectadores que formaban circulo en torno de un coro de bailarinas, las que se estrechaban las manos sin formar una rueda perfecta. Consistían sus ejercicios en contoneos de cuerpos y cabeza hechos al compas de los movimientos de los piés. De

cuando en cuando echaban gritos uniformes en señal de gozo. Los concurrentes, encaramados encima de un tinglado, manifestaban el vivo interés que en ellos excitaba la diversion, y en especial los mozos, pues los viejos permanecian acurrucados ó tendidos, fumando sosegadamente la pipa. Las bailarinas danzaron cerca de una hora; cesó luego la música, y salieron otras bailarinas, pero sin variar apénas el compas ni los movimientos. El espectáculo terminó con la llegada de un bufón ó gracioso que empuñaba un buen garrote, y empezó á dar saltos y bríncos extravagantes y estrambóticos. Las bailarinas no estaban veladas, y habia algunas ataviadas con suma elegancia y compostura. Su vestido, salpicado de lentejuelas, era de seda de varios colores; luego que hubo terminado el baile, todas se cubrieron con su velo y se encaminaron sosegadamente á su casa.

Generalmente hablando, la condicion de las Kurdas es muy preferible á la de las otras mugeres de Oriente. Sus esposos las tratan como consortes, con atencion y respeto, y no como esclavas. Algunas de ellas dan pruebas de un valor raro y peregrino. Hablan, entre otras, de una muchacha de la tribu kurda de Bulbasí, que era el mejor ginete de su clan: su conducta era irreprehensible, seguía á los guerreros en sus expediciones y lidiaba á su cabeza; su traje era varonil; llevaba envuelta la cabeza en un pañuelo de seda, y colgábase del cinto un puñal con garnicion de diamantes; era alta y delgada, tenía veinte y cinco años de edad, su tez era morena, y en una ocasion mató á un Turco que quiso ofender su recato. Viósela muchas veces embestir lanza en ristre á los artilleros enemigos hasta la misma boca del cañon.

El traje de las mugeres es parecido al de las Turcas: llevan unos anchos pantalones y una larga camisa que se ajustan á la cintura con una faja adornada de dos ó tres presillas de oro y plata. Cúbrense despues con un vestido cortado como el de los hombres, abotonado debajo de la

barba, pero entreabiertos por delante, y dejando descubiertos el talle y la camisa. Las telas de que se sirven son de Guzerate ó Constantinopla, y varían segun la estacion. Usan tambien una capa ligera, que suele ser de raso, con anchas mangas que no pasan del codo. Esta prenda es de algodón en invierno, y se cubren ademas con lo que llaman *tcharokia*, que viene á ser una túnica sin mangas, prendida al pecho y que les llega por detras hasta media pierna. Su tocado consiste en chales envueltos con esmero en la cabeza, y prendidos á la frente con un afiler, lo que produce un efecto muy semejante á una mitra. Los extremos del chal les caen hasta las espaldas, y las elegantes ó presumidas añaden al tocado guirnaldas de coral. Las casadas se ciñen la frente con un retazo de muselina, y se ocultan todo el cabello, ménos un rizo que les cae en trambos lados cerca de las orejas. Este tocado es muy molesto, y se requiere mucha maña para saberlo llevar con gracia; pero lo mas extraño es que lo conservan toda la noche para dormir, y al efecto traen consigo almohadillas hechas al intento.

El traje de los hombres es sencillísimo: el vestido exterior es igual al interior, solo que está abotonado hasta el cuello; apriétanse la cintura con una ancha faja adornada de hebillas y broches de oro, plata ó joyería; usan, á guisa de turbante, una faja de seda entreverada de encarnado, amarillo y azul, y cruzada de hilos de oro y plata. Llevan siempre la frente descubierta, y cuelganles sobre las espaldas franjas y borlas de los mismos colores, lo que les da un aspecto bravío, especialmente cuando echan sus corceles al galope.

El traje de la clase menesterosa es semejante al de los pudientes, con la única diferencia de estar sin adornos. Su faja es comunmente una cuerda, y su turbante es de color encarnado subido. El puñal, que ellos llaman *kandjar*, es arma imprescindible, y nunca la dejan.

Vense, entre estas gentes, ancianos de edad muy avanzada que se conservan robustos y lozanos, á pesar

de los rigores del clima y las fatigas de su vida arriesgada. Así hombres como mugeres son de alta estatura y de complexion sana y vigorosa. Los niños tienen la tez blanquísima y las mejillas rosadas. Confirma las observaciones de los viajeros, que distinguen en este pueblo dos razas diversas, el hecho constante de que en efecto los labradores difieren en fisonomía y estatura del aire marcial de sus caudillos, cuyas facciones recuerdan los hermosos modelos griegos. De ahí es que cualquiera asegurará desde luego que estos son los señores del país.

Tales son las noticias mas interesantes que hemos creído deber dar al lector, para que pueda apreciar á este pueblo tan poco conocido hasta ahora, y que, ocupando toda la extremidad meridional de la Armenia, hace parte de la historia de este país, aunque sea de raza distinta. Los Kurdos son verdaderamente para los Armenios unos huéspedes molestos y forzosos, y es posible que si algun dia se reuniesen sus tribus en un solo gobierno federativo, llevasen sus incursiones mas al norte.

El sultan cierra los ojos á sus rapiñas, ya sea por culpable indiferencia, ya sea por estar convencido de la impotencia de sus tropas regulares para avasallar á estos enemigos vagabundos que se hallan á un mismo tiempo por todas partes y en ninguna, puesto que á cada nueva estacion, ó con la confianza de lucro aunque remoto, llevan consigo sus inestables tiendas, y mudan el sitio de sus campamentos. Hoy dia, mas que ántes, se halla la Puerta imposibilitada para contener á estos enemigos lejanos, pues ¿cómo cabe llamar á las extremidades la vida y el movimiento, cuando la heladez de la muerte va ganando el corazon, como sucede ahora con el cuerpo de este grande imperio!

HISTORIA RELIGIOSA DEL PUEBLO ARMENIO.—El que escribe la historia religiosa de un pueblo, ha de dar á conocer el concepto ú impulso moral é íntimo que inspiró todas sus acciones. Tras esta tarea sigue la

que no trae mas objeto que el de exponer los acontecimientos variados y confusos que se agolpan en la escena política. Para quien no esté enterado de la ley espiritual ó religiosa, no son los hechos mas que mudos geroglíficos, que no es dable explicar, por carecer de la clave imprescindible; ó si por acaso se arroja alguien á explicármolos, es muy presumible que se engañaría á sí propio y á sus lectores, porque no desenvolvería á sus miradas mas que una serie de accidentes colocados tal vez en el orden de su sucesion cronológica, como las estatuas y medallas de un museo; pero no podría dar razon de la ley reservada y providencial que dirigió su eslabonamiento, ni cojer el hilo que los enlaza, estableciendo entre dos acontecimientos cercanos, la necesaria relacion de la causa con el efecto. El escritor que siguiese este método se asemejaría al anatomista que creyese darnos una idea exacta de la naturaleza propia y del carácter de un hombre, con solo describir minuciosamente todos sus órganos y sus funciones determinadas por las leyes fisiológicas de su temperamento. Y en efecto, el ceñirse exclusivamente al orden exterior de los hechos políticos, equivale á *no seguir mas que la letra que mata*, y privarse de las luminosas y fecundas manifestaciones que brotan del principio superior que llamamos religioso ú intelectual.

Si conviene, á nuestro entender, asentar esta regla histórica antes de hablar de un pueblo cualquiera, es tanto mas imprescindible y rigurosa su observancia, cuando se trata de una nacion como la Armenia, que tanto se distingue por su carácter esencialmente religioso.

Con efecto, á excepcion de la raza judía, mas particularmente favorecida por el cielo, y señalada en el mundo antiguo por su régimen austero y su disciplina reglamentaria, como que estaba destinada á dar al mundo el Dios Hombre, su Redentor, no vemos entre los demas pueblos de Asia ninguna nacion tan directamente rendida como la Ar-

menia al influjo de la ley religiosa. Desde los tiempos mas remotos, y en las épocas que ordinariamente se señalan á la formacion de las diversas naciones del Oriente, vémosla desarrollarse y constituirse separadamente. Aunque forzada repetidas veces á doblegar la cerviz ante las poderosas monarquías de la Asiria y la Persia, nunca pierde con su independencia su fe ni su culto, inclina por un instante la cabeza, y cuando se le creía borrada de la lista de los pueblos asiáticos, pasma el verla reaparecer mas robusta y célosa de conservar sus tradiciones. Cuando el apóstol Tadeo y el patriarca San Gregorio hubieron convertido este país á la ley del Evangelio, todos los ánimos se aferraron al nuevo símbolo que habian aceptado; y el cristianismo se ha mantenido lozano y robusto á pesar de las persecuciones que tuvo que sufrir de la Persia, entregada al culto del fuego y de los magos, y mas tarde, de parte de los Arabes y Turcos, zelosos propagadores del islamismo. Los Armenios se hallan en el dia diseminados por toda el Asia Menor; hasta se les encuentra en lo mas retirado de la Rusia, en Constantinopla, en Persia, en las ciudades mas mercantiles de la India, y en las fronteras de la China; y por donde quiera permanecen firmemente adictos á su fe, á la liturgia y prácticas de su iglesia cual estaba constituida en el siglo cuarto; resignanse gustosos á orillar ciertos derechos políticos, y á someterse á los mismos insultos y vejaciones que los Judíos; sufren el menosprecio, los antojos é ilegalidades de sus dominadores; á todo se allanan como conserven el libre ejercicio de su religion.

Como rara vez se ha considerado al pueblo armenio bajo este aspecto, á pesar de que su historia religiosa ocupa un lugar muy importante en la general del cristianismo en Oriente; daremos mayor extension á esta parte de nuestra tarea. Pero ántes de pasar á la época cristiana, quere- mos examinar cuál era la creencia de los Armenios en las edades ante-

riores á la venida de Jesu-Cristo.

Ya es sabido que, segun la tradicion bíblica, fué la Armenia el país, donde Noé y sus hijos desembarcaron del arca. “Y acordándose Dios de Noé, (dice el Génesis, cap. VIII) y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca, hizo venir viento sobre la tierra, y se disminuyeron las aguas. Y se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas del cielo: y se detuvieron las lluvias del cielo: y se retiraron las aguas de la tierra yendo y volviendo: y comenzaron á menguar despues de ciento y cincuenta dias. Y reposó el arca el mes séptimo el dia veinte y siete del mes sobre los montes de Armenia.

Sin examinar ahora si el monte Masis es realmente la montaña de que hablan las sagradas letras, recordaremos tan solo que las antiguas tradiciones de los pueblos colocan unánimemente en este páramo del Asia la primera patria del género humano. La llanura de Sennaar, donde se fundan las primeras ciudades, y donde Nemrod, *el forzado cazador delante del Señor*, estableció el asiento de su dominacion, no está muy distante de la Armenia; por lo que puede afirmarse que este país fué ocupado ya desde la mas remota antigüedad. Si examinamos la historia política de este pueblo, veremos que su primer caudillo ú rey, llamado Haig, cuando llegó á tomar posesion del país, halló una raza poco numerosa sí, pero muy diferente de la suya, y que ya era dueña del suelo que cultivaba. ¿Cuál será esta raza primitiva? Los antiguos documentos históricos no arrojan ninguna luz sobre este hecho, que indican de paso, y solo lo observamos porque ofrece una analogía muy reparable con los anales de la China, de la India y la Grecia, donde tambien se encuentran autóctonos (1) ó aborígenes, ántes de la llegada de los Pelasgos y Helenos. Estos primeros

(1) El traductor no ha puesto reparo en adoptar esta voz griega, como la usan en el dia los Franceses y otras naciones cultas. Significa “del propio suelo” esto es, “nacidos en el mismo suelo.”

habitantes no pueden considerarse como parte de la nacion armenia, cuyo dictado solo es aplicable á la raza conquistadora traída de Babilonia por Haig, hijo del patriarca Torgom, en el año 2107 ántes de Jesu-Cristo.

La religion primitiva de la Armenia, así como la de los demas pueblos, estuvo pura y exenta de las mentiras que mas tarde introdujeron en ella la ignorancia y corrupcion del corazon humano. Cimentada en la tradicion de los primeros patriarcas, consistia en la adoracion del verdadero Dios, en el arrepentimiento de la caída primordial, y en la confianza de una reparacion suprema. El culto era sencillo, y se fundaba en la oracion y el sacrificio sangriento. El padre de familias, pontífice y rey á un tiempo, regia á sus individuos con cuerda equidad, ofrecia al Altísimo, como mediador, las plegarias y las víctimas, terminaba las contiendas, y bajo este régimen patriarcal, disfrutaban todos la paz mas profunda.

Pero los hijos de la raza maldita de Cham, que perpetuó la raza maldada y antediluviana de Cain, turbaron luego la armonía que reinaba entre los descendientes de Sem y de Japheth. Habiendo desechado la tradicion de sus padres, siguieron la senda perversa del orgullo y la concupiscencia: sustituyeron al culto del verdadero Dios el que tributaban á los seres secundarios de la creacion, tales como los astros y las potencias superiores de la naturaleza. La adoracion del sol, de los planetas y constelaciones dió nacimiento al sabeismo, que principió en las llanuras de la Caldea, cuyo pueblo manifestó en todos tiempos una afición irresistible á leer en la misteriosa escritura de los astros, los arcanos del cielo y su destino sobre la tierra. Este culto era de suyo elevado y grandioso; cabe en su principio no fuese adulterado por ningún concepto erróneo, y que la idea del Dios único, centelleando en todos aquellos pálidos espejos de su poderío, diseminados profusamente por el espacio, dominase el con-

junto de todas aquellas concepciones, parto de un noble esfuerzo de la inteligencia. Desgraciadamente el orgullo, que fué la piedra de escándalo para la raza de Adan, siempre vive en el corazon humano, y malea los pensamientos mas acendrados. De ahí es que el vuelo que repentinamente cobrara la ciencia con las investigaciones astronómicas, movió á los entendimientos á presumir de sí propios; al escudriñar con sobrada profundidad las obras de la creacion, se trascordó al Criador, y sustituyósele gradualmente la criatura; entónces propiamente empezó la idolatría. Babilonia es el primer punto que nos señala la tradicion como foco de este error, y allí es en efecto donde se alzó el primer templo con la primera estatua al dios Belo.

Adviértase un hecho importante, y es á saber, que con la idolatría nace y crece el principio de la fuerza brutal ó del depotismo. Levántase el primer trono en la ciudad donde ya se empieza á negar á Dios; los hombres que no quisieron someter su razon á las verdades tradicionales de la fe, yacen avasallados á Nemrod; la esclavitud y la opresion del hombre por su semejante vienen en pos de su desobediencia á la Divinidad.

La colonia sacada de Babilonia por Haig no tardó en experimentar los efectos de la revolucion religiosa y política que se verificó en la metrópoli. El amor á las conquistas, consecuencia inevitable del nuevo gobierno despótico, llevó mas allá de los límites de la Caldea los ejércitos asirios, quienes trajeron á Armenia la guerra en el año 1725 ántes de nuestra era. El rey Anuschavan fué vencido, y su reino quedó sujeto al imperio asirio hasta el tiempo de Baroir, su trigésimo cuarto sucesor, esto es, durante unos diez siglos. Por este tiempo, que se halla envuelto en las mas profundas tinieblas, cundieron en la Armenia la religion y el culto de Caldea. Moises de Khoren, que fué el historiador mas antiguo, y que con razon puede apellidarse el Herodoto armenio, ya

que nos recuerda la erudicion y la magestuosa sencillez, á la par de la credulidad, del historiador griego, refiere que este mismo Anuschavan ofrecia sacrificios á la sombra de los plátanos de la antigua Armavir su capital, y que el estremecimiento de las hojas agitadas por el viento, ora apacible, ora impetuoso, servía á los sacerdotes para sacar de estas circunstancias agüeros propicios ó adversos. Aunque no se asegura que este monarca siguiese tan groseras supersticiones, sin embargo, como estos mismos árboles conservaron en los siglos posteriores cierto carácter profético y sagrado, es presumible que la religion primitiva se hallaba ya por aquel tiempo bastante adulterada.

Puede por lo tanto decirse que hácia esta época se difundió el sabeismo por toda la Armenia. Nunca se efectuaba en lo antiguo la conquista de un pueblo por otro, que el vencedor no impusiese su creencia al vencido; y fundándonos en este hecho, es de presumir que la religion oficial de la corte de los reyes armenios seria la de los monarcas babilonios, aunque cabe que en otras partes del mismo suelo se conservase la antigua tradicion mas ó ménos íntegra y pura. El sabeismo engendró necesariamente los groseros errores de la idolatría; el rey tenia sus templos y sus dioses, y cuando Nabucodonosor, despues de haber conducido á los Judíos á Babilonia, obligó á algunos á emigrar á Armenia, refiere la historia que Sempad, caudillo de la antigua familia de los Pagrátides, habiéndose presentado ante el rey Erovante I, persiguióle éste con la mayor crueldad porque se negaba á adorar á sus ídolos.

La caída del imperio asirio devolvió al pueblo armenio su independencia política; pero en cuanto á su religion, vióse arrebatado por el impulso de la Asiria y la Media, conquistadas por Ciro. El sabeismo ú la idolatría pura desapareció ante la prepotencia del culto de los magos ó del fuego, regenerado por Zoroastro. La Armenia, que confinaba con la

Armenia

nueva monarquía, brindaba á los misioneros de la nueva doctrina, quienes penetraron en el país y lograron convertir á muchos naturales. Como el zend era el idioma sagrado de los magos y de su liturgia, no pudieron imponer su fe al pueblo armenio, sin introducir en su lengua cierto número de palabras de su propio idioma, y siendo éstas relativas á los objetos del culto y de la creencia, por mas que la lengua armenia literal haya variado desde entónces, no puede ménos de conservar algunos vestigios que vienen á ser otros tantos testimonios irrecusables de la dominacion religiosa de los Persas. Con efecto, así lo demuestra la filología oriental, y si esta investigacion no fuese aquí inoportuna, podríamos dar un catálogo comparado de voces absolutamente idénticas en entrambos idiomas, tales como *Dios, santidad, fuego, pira, culto, &c., &c.* Los monumentos históricos corroboran tambien lo que llevamos dicho. Tigránes I, contemporáneo de los Griegos, socorrió á Ciro, segun cuentan los historiadores, en su guerra contra Astiáges, rey de Media, y juntamente con el monarca persa, contribuyó á destruir el poderío de *Dragon*, significado de la palabra Astiáges.

Tigránes tenia un hijo llamado Vahakn, célebre por su valor: ciertas canciones populares que aun se conservan entre los montañeses, y que suben quizás á su tiempo, celebran sus hazañas, y es por cierto muy singular que ya aparezca el *fuego* en estos versos, encubierto con las ideas del culto de los magos. Dicen así: "Engendraba el cielo, engendraba la tierra, lo propio que el mar de color purpúreo. Los dolores del parto atormentaban tambien á la caña encarnada. Desprendiase de su extremidad el humo, y luego apareció la *llama*, y de ésta brotó un jóven de rubia cabellera. La llama envolvió sus rizos y su barba. Sus ojos y sus párpados eran dos soles."

Este canto inspirado manifiesta que ya desde su principio habia cundido en la Armenia la doctrina de